

# SUMMERHILL, TODAVIA

**Q**UIENES sepan lo que este hombre representa y hayan leído los libros del creador y director de la famosa escuela inglesa, podrán pensar que Summerhill no constituye ya precisamente un tema de demasiada actualidad. Pero es un hecho comprobado que por razones nada misteriosas, aunque poco razonables, ha sido y creemos que sigue siendo difícil en España dar con las publicaciones que relatan la sugestiva experiencia de A. S. Neill a lo largo de casi medio siglo de su vida al frente de su escuela.

Que nosotros sepamos, las publicaciones de Neill asquibles en castellano sólo son dos: **Summerhill, un punto de vista radical sobre la educación de los niños** (México, Fondo de Cultura Económica). Es una reelaboración de cuatro libros anteriores, una verdadera síntesis que los ahorra. La otra obra se titula, en su versión española, **Hijos en libertad**, Buenos Aires, Editorial Granica, 1972. Se trata de una serie de consultas respondidas por el autor, y cuyo título original era **Libertad, no libertinaje**. Nos atenderemos a ambos libros, sobre todo al primero, para las reflexiones que van a seguir, con ocasión de la aparición del segundo en las librerías españolas. Véase en TRIUNFO (número 472) **Los niños libres de Summerhill: la felicidad como objetivo**, D. Hunebelle.

Lo primero que hay que advertir a propósito de Summerhill y de su director es que no se trata tanto de una filosofía de la educación cuanto del valor de un hombre para llevarla a cabo. Las ideas de Neill siguen escandalizando a muchos, por las razones que luego veremos, pero también producen en otros la impresión de cosa sabida y no especialmente novedosa. Lo interesante es que Neill tuvo el suficiente coraje como para intentar llevarlas a la práctica. Resulta a este propósito significativo que su amigo Bertrand Russell participe de las ideas de Neill, inspirador de bastantes de ellas, coincidente en las básicas, quiso llevar a cabo una experiencia semejante y montó una escuela análoga a Summerhill en una posesión que acababa de heredar. Lo cuenta él mismo en su autobiografía: la experiencia acabó pronto, en cuanto acabó con el entusiasmo de Bertrand Russell.

Y, sin embargo, se diría que el espíritu de Summerhill es fácilmente trasladable a cualquier geografía y en manos de cualquiera; se entiende de cualquiera que piense como Neill. ¿En qué consiste su pensamiento, ese pensamiento que Summerhill ha demostrado que podía funcionar en la realidad cotidiana de un ambiente de niños, y no de niños cualesquiera, sino de niños con problemas originarios? Erich Fromm lo ha resumido en una especie de decálogo al prologar la edición mexicana del libro

básico de Neill: 1), el niño es bueno, posee toda la bondad que anida en el deseo absoluto de vivir; 2), el fin de la educación consiste en alcanzar la felicidad, felicidad que consiste en afirmar la vida; 3), lo intelectual y lo emocional han de desarrollarse armónicamente; 4), la educación tiene que partir de las necesidades y capacidades del niño; 5), la disciplina, dogmáticamente impuesta, y los castigos

producen temor, y el temor produce hostilidad; 6), libertad no significa libertinaje; si no es lícito emplear la coacción contra el niño, no puede tolerarse que el niño la emplee contra los demás; 7), no se puede permitir nunca a un niño; 8), la educación ha de tender a hacer del niño un ser progresivamente

tos en que la filosofía de la educación de Neill se apoya. Por nuestra parte, subrayaremos sobre todo los aspectos más debatidos. Ya el mismo Fromm se adelanta a oponer dos reservas al pensamiento de Neill. La primera se refiere a una cierta subestimación de la captación intelectual del mundo en beneficio de su captación artística y emocional. La segunda a una determinada sobreestimación de

la importancia del sexo, de acuerdo con Freud. Pero, como Fromm se apresura a añadir, «el autor es un hombre de tal realismo y de una percepción tan exacta de lo que es el niño, que estas críticas se refieren más a algunas de sus observaciones que a su actitud real ante el niño». Esto es algo verdadero y la experiencia de Summerhill; vidriosos, o sea, que han sido considerados tales. Su entendimiento de la libertad, su entendimiento de la educación moral y en concreto de lo relativo al sexo, y su actitud ante la educación religiosa. Pero estimamos que una lectura sin prejuicios, que otorgue a la tarea de entararse una serenidad de juicio equivalente a la celeridad que algunos han empleado en escandalizarse, puede asentir a la mayoría de las afirmaciones de Neill, aunque no se compartan todos sus supuestos ideológicos.

La libertad de Summerhill no tiene nada que ver con el libertinaje. Parece obvio, pero Neill ha tenido que explicarlo muchas veces; si ha logrado convencer o no a sus objetores, es otra cuestión. El caso es que en Inglaterra y fuera de Inglaterra, Summerhill suena a la escuela donde los niños hacen lo que les da la gana, la pedagogía que consiste en que el niño haga lo que quiera. Esto no es así. Neill entiende que la libertad del niño consiste en verse libre de la coacción del adulto, con tal de que el niño no traspase su propia área y coaccione al adulto. Los derechos de ambos son iguales y el respeto recíproco es esencial, la base de toda la convivencia: «La autonomía significa el derecho del niño a vivir libremente, sin ninguna autoridad exterior en las cosas psíquicas o somáticas. Significa que el niño se alimenta cuando tiene hambre; que adquiere costumbres de limpieza sólo cuando quiera; que no se le riñe ni se le azota nunca; que siempre es amado y protegido». Frases para las que cabría más de un sentido, o que cuando menos necesitan de alguna precisión. Efectivamente, Neill no deja de ofrecerla: «Es esta diferencia entre libertad y licencia lo que no pueden comprender muchos padres. En el hogar disciplinado, los niños no tienen derechos. En el hogar desmoralizado, tienen todos los derechos. El hogar apropiado es aquel en que niños y adultos tienen los mismos derechos. Y esto mismo se aplica a la escuela» (ambos textos pueden leerse en las páginas 98 y 99 de Summerhill). Tanto en este libro como en el siguiente, puede el lector encontrar satisfactoriamente explicados todos los extremos que pueden ocurrirse en relación con semejante concepto de libertad, que parece difícil se pueda acusar de irrazonable.

Pero, claro está, bajo el susodicho concepto se esconde toda una ética, toda una filosofía de la educación moral. La libertad envuelve siempre una ética de la libertad. La de Neill podría resumirse así: el niño es naturalmente bueno, no puede ser malo; pero al mismo tiempo es egoísta, necesariamente egoísta, el altruismo no ha hecho

## Francisco Pérez

producen temor, y el temor produce hostilidad; 6), libertad no significa libertinaje; si no es lícito emplear la coacción contra el niño, no puede tolerarse que el niño la emplee contra los demás; 7), no se puede permitir nunca a un niño; 8), la educación ha de tender a hacer del niño un ser progresivamente

la importancia del sexo, de acuerdo con Freud. Pero, como Fromm se apresura a añadir, «el autor es un hombre de tal realismo y de una percepción tan exacta de lo que es el niño, que estas críticas se refieren más a algunas de sus observaciones que a su actitud real ante el niño». Esto es algo verdadero



En su prólogo a la edición mexicana del libro básico de Neill, Fromm se adelanta a poner dos reservas a su pensamiento: la primera se refiere a una cierta subestimación de la captación intelectual del mundo en beneficio de su captación artística y emocional. La segunda, a una determinada sobreestimación de la importancia del sexo, de acuerdo con Freud. (En la foto, Erich Fromm.)

autónomo, autorregulado, capaz de realizarse sin buscar su seguridad a través de la sumisión o del dominio; 9), han de evitarse los sentimientos de culpabilidad que no hacen otra cosa que vincular al niño a la autoridad; 10), en Summerhill no se enseña religión, se vive religiosamente.

Naturalmente, sólo el texto íntegro de Summerhill puede dar una idea adecuada de todos los matices que en esos diez puntos se encierran, así como de los supues-

deramente importante. Neill no es dogmático; como él mismo dice, su propósito no fue nunca la reforma de la sociedad, sino hacer más felices a unos pocos niños. Si se le puede considerar seguidor de Freud, es porque ha comprobado que el pensamiento de Freud le servía en la práctica pedagógica; sólo la experiencia le ha hecho seguirlo. Por eso se puede no ser freudiano y estar de acuerdo con Neill.

Tres son los puntos vidriosos del

todavía su aparición; es errónea toda educación que intente apresurar el desarrollo del sentido moral: no conseguirá otra cosa que reprimir la vitalidad espontánea del niño. Puede pensarse que Neill exagera cuando llega a decir: «Creo que es la instrucción moral lo que hace malo al niño. Veo que cuando hago pedazos la instrucción moral que ha recibido un niño, éste se convierte en un niño bueno» (página 207). Pero Neill está refiriéndose a una instrucción moral prematura, que vierte sobre el niño unos conceptos adultos que no pertenecen a su mundo —una idea del bien y del mal morales que no pueden tener cabida en su cabeza—, acompañados además de coacción y miedo al castigo. Para Neill el miedo es el gran elemento perturbador y corruptor: viola la espontaneidad y sinceridad infantiles y cierra precisamente el camino al comportamiento moral, que tiene que nutrirse del descubrimiento y afirmación del otro como tal, de amor y de comunicación entre los seres. Todo lo que Neill dice en contra de la moral ha de entenderse dicho en contra de las perversiones de la moral. Así, cuando escribe: «Quizá haya alguna razón para la instrucción moral de los adultos, aunque lo dudo. No hay ninguna razón para la instrucción moral de los niños, que psicológicamente es un error. Todo niño es egoísta y el mundo le pertenece. Cuando tiene una manzana, su único deseo es comérsela. El único resultado de que la madre lo estimule a repartirla con su hermanito menor es hacerle odiar al hermanito. El altruismo llega después —llega de un modo natural—

si no se le enseña al niño a ser egoísta. Probablemente no llegará nunca si se ha obligado al niño a no ser egoísta. Al tratar de suprimir el egoísmo del niño: la madre está fijando el egoísmo para siempre.

«¿Cómo acaece eso? La psiquiatría ha demostrado que un deseo insatisfecho persiste en el inconsciente. Por lo tanto, el niño a quien se le ha enseñado a ser desinteresado, para agradar a la madre se acomodará a sus exigencias. Inconscientemente enterrará sus verdaderos deseos —sus deseos egoístas—, y a causa de esta represión conservará sus deseos infantiles y será egoísta toda la vida. Así, la instrucción moral destruye sus propios propósitos» (pág. 207). Con toda intención hemos reproducido esta larga cita, porque ofrece una buena idea de cómo piensa y, más aún, de cómo escribe Neill. Los lectores apresurados suelen convencerse con expresiones como las anteriores de que Neill es un enemigo de la moral. Lo que está haciendo Neill es, en nombre de la auténtica dimensión moral del hombre, rechazar un tipo de iniciación moral prematura, coaccionadora y, por consiguiente, desnaturalizadora del niño. Por cierto, que junto al freudismo confesado de Neill conviene poner su concordancia de ideas con las de Piaget, por ejemplo, a propósito del origen y desenvolvimiento de la idea moral en el niño. Piaget puso de manifiesto, en uno de sus libros más famosos, cómo en el niño se da un paso del yo al nosotros que debe verse acompañado por su correspondencia en la educación en su tránsito paralelo de la unilateralidad unidireccional (adulto versus niño) a la reciprocidad (colaboración niño-adulto).

La cuestión moral más vidriosa de todas sigue siendo —por desgracia— la sexual. Y la educación sexual ha sido uno de los tres puntos que más enemistades le han acarreado a Summerhill. Neill ha expresado su pensamiento con toda claridad y en multitud de ocasiones. A continuación de los párrafos anteriormente citados, escribe: «Lo mismo sucede en la esfera sexual. Las prohibiciones morales de la infancia fijan el interés infantil en el sexo. Los pobres individuos encarcelados por actos sexuales infantiles (pornografía, exhibicionismo, etc.) son hombres que han tenido madres morales. El interés perfectamente inofensivo del niño fue calificado de pecado nefando. El niño reprimió el deseo infantil; pero aquel mismo deseo persistió en lo inconsciente, y se manifestó después en su forma originaria, o con mayor frecuencia, en una forma simbólica. Así, la mujer que hurta bolsos de mano en un comercio está haciendo un acto simbólico que tiene su origen en una represión debida a la enseñanza moral de la infancia. Su conducta constituye en realidad la satisfacción de un deseo infantil prohibido». Si se prescinde de la in-



Bertrand Russell, participe de las ideas de Neill e inspirador de bastantes de ellas, montó una escuela análoga a Summerhill en una posesión que acababa de heredar.

terpretación del ejemplo, que los no freudianos atribuirán a otras causas que las sexuales, hoy nadie que no sea un neurótico deja de aceptar ese planteamiento de la sexualidad infantil, por poco versado que se halle en psicología de la niñez. Neill, por su parte, relata sinceramente las consecuencias de semejante orientación: ni promiscuidad, ni aberraciones, ni conflictos, sino naturalidad y normalidad: desobsesión ambiental tanto en niños como en adolescentes.

De todas maneras no deja de ser cierto que el lector desprevenido de Neill tropieza de vez en cuando con expresiones que le suenan a agresivas frente a la moral y frente a la religión. Neill relaciona con mucha frecuencia moral y religión y cuando rechaza la moral suele tratarse de la moral religiosa. Pero, ¿de qué moral y de qué religión se trata? A la pregunta de si le parece adecuado hablar o no a los niños de Dios, Neill responde: «¿A qué Dios se refiere usted? ¿Al que dictaminó que masturbarse es pecado, o al que creó el Universo?» (Hijos en libertad, pág. 107). A estas alturas, la actitud de Neill, su no del todo disimulada ferocidad ante una moral neurótica y una religión del temor no menos neurótica, no creemos que debe, ni pueda, escandalizar a un creyente auténtico, a un cristiano que no identifique sus propias represiones —si las tiene— con la revelación bíblica. Es significativo que a continuación de la doble pregunta con que

Neill responde a su interrogador imaginario, aparezca una evocación de Bertrand Russell, su amigo admirado, el autor de aquel libro famoso, *Por qué no soy cristiano*, cuyos argumentos compartía Neill. Después de todo, tanto él como Bertrand Russell habían sido dos víctimas de la educación victoriana, con sus puritanismos y sus hipocresías.

Neill escribe estremecido por la tremenda carga de desdicha que se abate sobre los niños, en una sociedad horrible, temerosa, desquiciada, enloquecida por la conquista del éxito y el terror de la destrucción; esa sociedad que, fatalmente, hará «gravitar inconscientemente hacia la infelicidad» a tantos de ellos. La lectura de este libro —nos referimos ahora exclusivamente a *Summerhill*— no sólo resulta imprescindible para cualquier educador que no lo tome en sus manos con la idea preconcebida de rebatirlo; es, además, sugestiva, inquietante, incluso patética en ocasiones, además de muy divertida con frecuencia. Neill es un educador poseído por la fascinación del alma infantil, con una inmensa capacidad amorosa hacia el niño; y eso le convierte en un verdadero creador de almas, si cabe la expresión, suscitador de seres capaces de madurar, de autodisciplinarse y autocontrolarse, de llegar a ser hombres y mujeres dueños de sí mismos y capaces de entrega a los demás, de rica personalidad no temerosa ni rígida, sino viva, creciente, desplegada.

Creemos sinceramente que la lectura de estos libros sigue siendo altamente provechosa para educadores y maestros. Y que serán muchos los que se encuentren de acuerdo con la orientación general de Neill, si se toman la molestia de no entender unas frases con independencia de otras, y de advertir lo que quiere decir más allá de lo que dice, y que en ocasiones se presta a discusión. Es de suponer que haya sido la fama de Neill como amoral y arreligioso lo que ha obstaculizado la difusión de sus libros entre nosotros; lo que ha interceptado la aparición de sus libros en los escaparates. Pero esa fama no es capaz de resistir a una lectura atenta y sin prejuicios. En cualquier caso, Neill escribe con la realidad de su experiencia de educador; Summerhill es un hecho lleno de significación en el terreno de la psicología y la pedagogía infantiles, y los hechos están ahí para ser entendidos.

Al cabo de bastantes años, la lectura de *Hijos en libertad* devuelve toda su actualidad a los anteriores escritos de Neill, todavía muy lejos de haber sido superados por una pedagogía como la usual en nuestro país, más inclinada a rehuir los problemas que Neill planteó y trató de resolver valientemente, que a proponerse de frente y con todas las consecuencias su solución. ■



Si se puede considerar a Neill seguidor de Freud es porque aquel ha comprobado que el pensamiento de Freud le servía en la práctica pedagógica. En la foto, el fundador del psicoanálisis.